

Notas

Don Daniel, el profeta¹

Enrique Krauze

No sé si LA PEQUEÑA ANÉCDOTA que voy a narrar parezca apropiada a la solemnidad inherente a un aniversario luctuoso. Yo he terminado por pensar que representa con fidelidad el universo anímico de don Daniel Cosío Villegas poco antes de su muerte y creo que arroja cierta luz sobre el sentido de su vida.

La escena debió ocurrir a fines de 1975. Caminábamos pausadamente sobre la ruta prescrita en su jardín de la Segunda Cerrada de Frontera, en San Ángel. Meses antes había ocurrido el desagradable episodio de la publicación de un libelo difamatorio titulado *Danny, discípulo del Tío Sam*, que el régimen había encargado y hecho circular profusamente. A raíz del episodio, Cosío había perdido las ilusiones sobre el progreso de la libertad política en México. De pronto se detuvo y me preguntó: “¿Se ha dado cuenta del monto que ha alcanzado la deuda externa?” Yo ignoraba la cifra. “Son 26 mil millones de dólares”, me dijo. Luego, con una mueca de coraje seguida por un movimiento pendular de la cabeza que denotaba tristeza e impotencia, agregó: “ya nos llevó la chingada”.

Nunca me habló con mayor gravedad. Casi siempre tenía una salida irónica para abordar los problemas. Con un ribete de humor se ven-gaba de una realidad pobre, mezquina, tonta o simplemente incomprensi-

¹ Discurso de homenaje a don Daniel Cosío Villegas en ocasión del 20 aniversario de su fallecimiento, en la Sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.

va. No aquella vez. Algo profundo y definitivo me quería transmitir, algo con la fuerza de una profecía. Su amiga Victoria Ocampo —la gran editora de la revista *Sur*, con quien Cosío sostuvo una intensa correspondencia que valdría la pena publicar— se refería a él, invariablemente, como *Cher Prophète*. Para Cosío Villegas, su nombre, Daniel, había sido un destino. ¿Cuántas variantes del profetismo bíblico había ejercido?

De joven, junto a Vasconcelos, había anunciado la aurora de la educación en un “ambiente evangélico” de cultura: “entonces sí —recordaba con nostalgia en 1965— se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre”. Muy pronto advinó su siguiente momento profético. Cosío lo ejerció sobre todo por la vía escrita privada. Fueron cartas y documentos admonitorios a los revolucionarios que conocía, desde los más cercanos como Marte R. Gómez hasta los más encumbrados como los generales Calles y Cárdenas. En aquella época su prédica consistió en advertir sobre los posibles peligros que acechaban a la promisoría Revolución mexicana. El género “impulso de la reforma agraria” —para citar sólo un ejemplo— podía desvirtuarse en el burocratismo tecnocrático de los callistas o en el reparto irracional y desordenado de los cardenistas. Ninguno de sus interlocutores apreció las críticas. Más aún, desconfiaron a tal grado del profeta que lo empujaron hacia las fronteras del Estado, a la zona para ellos marginal de la cultura. Cosío aceptó la posición de buena gana y desarrolló una creatividad editorial sin precedente. Era un depositario intelectual de la Revolución.

A partir de 1940, y muy claramente desde 1946, el profeta sintió que las metas de la Revolución se habían agotado y que ese proceso no era atribuible a la propia Revolución o al pueblo que la encarnó sino a los líderes: “todos los hombres de la Revolución mexicana, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella”. Días antes de la toma de posesión de Miguel Alemán, Cosío dio a la luz el ensayo político más célebre del siglo xx: *La crisis de México*. La traición al ideal maderista, el fracaso de la reforma agraria, la distorsión paternalista en la política obrera, el desastre de la educación y la vergüenza nacional de la corrupción eran llagas que sería difícil curar. Lo más doloroso en la visión del profeta era la posible pérdida de la identidad. El “único rayo de esperanza, bien pálido y distante”, según apuntaba, era la “reafirmación de los principios y depuración de los hombres”. Como los graves profetas bíblicos, exigía arrepentimiento a los gobernantes y anticipaba visiones de ruina y desolación. Cosío Villegas sufrió denuestos y amenazas por aquel texto. Cuando el historiador argen-

tino José Luis Romero se sorprendió al verlo libre, Cosío le confió con pesadumbre que “el perdón puede resultar una pena mucho más severa que la cárcel o la muerte”. Porque el perdón, en su caso, significaba el desdén hacia sus advertencias. Vista desde el mirador de hoy, su invec-tiva parece un caso de clarividencia: “México principiará a vagar sin rumbo, a la deriva, perdiendo un tiempo que no puede perder un país atrasado en su progreso, para confiar sus problemas mayores a la inspi-ración, la imitación y la sumisión a los Estados Unidos, no por vecino rico y poderoso, sino por el éxito que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar”. Cosío profetizaba nada menos que el “sacrificio de la nacionalidad”, una maldición sin duda, pero una maldición, por supues-to, involuntaria. En su archivo personal guardó una hoja suelta de papel con una transcripción a lápiz de una cita de Renan:

Los espíritus estrechos acusan siempre a los clarividentes de desear las des-gracias que prevén y que anuncian. El deber de Casandra es el más triste que puede caer encima de los amigos de la verdad.

El desarrollo económico, la estabilidad política y la paz social que alcanzó el país en los cincuenta y sesenta suavizaron un tanto las críti-cas del profeta, pero no mellaron su convicción sobre “las verdaderas llagas de México, las llagas políticas”. Entre ellas, ninguna más irritante y peligrosa que la concentración imperial de poder en manos del presi-dente en turno. El desempeño del gobierno en 1968 confirmó sus pre-vencciones. Ningún lector de aquella época olvidará los artículos que comenzó a publicar en julio de 1968 en *Excélsior*. En cada uno de ellos resonaba la voz condenatoria y la mirada vidente del profeta, como aquel inmediatamente posterior al 2 de octubre:

El gobierno caerá en un descrédito que nada ni nadie lavará jamás [...] el estudiante (en cambio) ha dado un ejemplo cívico que no se producía en el país desde hace casi treinta años, que no se olvidará fácilmente y que está destinado a ser imitado mañana.

Envejeció de manera ejemplar, ejerciendo apasionadamente la crí-tica sobre los males del cuerpo y el alma de México. Por un momento creyó —y tuvo razón en creer— que la Revolución estaba a tiempo de corregir el rumbo social y económico sin sacrificar lo logrado en los dos ámbitos y propiciando a la vez un progreso en la más olvidada de sus metas originales: la libertad política. Para su desgracia y la nuestra, el cambio que esperaba no sólo no ocurrió: se empantanó en un fango de demagogia.

A fines de 1975 cuando conversábamos, el desenlace era claro: se había perdido el control de la economía y la libertad política era cada vez más frágil. México seguía a la deriva, perdiendo un tiempo que no podía perder, pero lo más angustiante para Cosío era presentir que su propia vida se apagaría quizá pronto —estaba consciente de su enfermedad pulmonar— sin que “este país sin ventura”, al que tanto amó y sirvió, retomara el camino certero de la Revolución mexicana.

Por eso pronunció aquel desahogo. Ya no había sitio para la admonición o la advertencia. Sólo para la condena y el lamento. ¡Hasta qué grado tenía razón! ¡Hasta qué extremos nos ha llevado la concentración del poder y la corrupción que invariablemente lleva consigo! Creo que murió con esa tristeza a cuestas. Pero en esta hora difícil de nuestro país constato la vigencia de su doble fórmula —“reafirmación de los principios, depuración de los hombres”—, admiro más que nunca su fidelidad al ideario liberal republicano, pienso que es necesario reeditar creativamente su obra crítica, y prefiero recordarlo en otro de sus momentos proféticos, cuando en 1971 se despidió de sus lectoras y lectores, a sabiendas de que tarde o temprano regresaría:

No permitas que este país se eche a perder; no permitas, aun a costa de tu vida, que desaparezca su aspecto sonriente, alegre, único que ha reconfortado al mexicano de las muchas penalidades que ha padecido y de las que aún le aguardan. No consentas, en suma, que [...] la imaginación quede sin alimento, el impulso sin objeto, el porvenir sin color, el cielo sin una estrella en qué enganchar un carro para volar el infinito.²

² Se publicó también en *Enfoque*, 10 de marzo, 1996.